

EL POBLADO FORTIFICADO DE
“EL RASO DE CANDELEDA” (Ávila): EL NÚCLEO D
Un poblado de la III Edad del Hierro
en la Meseta de Castilla

FERNANDO FERNÁNDEZ GÓMEZ

EL POBLADO FORTIFICADO DE
“EL RASO DE CANDELEDA” (Ávila): EL NÚCLEO D
Un poblado de la III Edad del Hierro
en la Meseta de Castilla



2011

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Serie: Historia y Geografía, nº 175

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Bibliotheca Archaeologica Hispana 34

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de los editores.

COMITÉ EDITORIAL

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)

Carmen Barroso Castro
Jaime Domínguez Abascal
José Luis Escacena Carrasco
Enrique Figueroa Clemente
M.^a Pilar Malet Maenner
Inés M.^a Martín Lacave
Antonio Merchán Álvarez
Carmen de Mora Valcárcel
M.^a del Carmen Osuna Fernández
Juan José Sendra Salas

Motivo de cubierta: Casas excavadas en los núcleos B y D del poblado fortificado

©UNIVERSIDAD DE SEVILLA
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES 2011
Porvenir, 27 - Tlf. 95 448 74 47 - 51 - Fax 95 448 74 43
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <http://www.publius.us.es>

©INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA. DIPUTACIÓN DE ÁVILA 2011

©REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA 2011

©FERNANDO FERNÁNDEZ GÓMEZ 2011

ISBN Secretariado de Publicaciones, Universidad de Sevilla: 978-84-472-1283-5
ISBN Institución Gran Duque de Alba: 978-84-15038-11-5
ISBN Real Academia de la Historia: 978-84-15069-25-6

DEPÓSITO LEGAL: S. 318-2011

Impreso en papel ecológico

IMPRIME: IMPRENTA KADMOS
Impreso en España

*A Sonsoles Paradinas,
Ángeles Neyra y
José Luis Argente,
queridos colegas,
entrañables amigos.
In memoriam.*

ÍNDICE

Presentación	11
1. Introducción. La Edad del Hierro en El Raso de Candeleda	15
2. El Núcleo D del poblado fortificado de El Raso	19
3. Descripción de las casas halladas y sus ajuares	
Casa D1	21
Casa D2	43
Casa D3	56
Casa D4	72
Casa D5	81
Casa D6	90
Casa D7	105
Casa D8	129
Casa D9	141
Casa D10	159
Casa D11	168
Casa D12	188
Casa D13	201
Casas D14-15	203
Casa D16	208
Casa D17	212
Casa D18	227
Casa D19	232
Casa D20	237
Casa D21	242
Casa D22	258
Casa D23	264
Casa D24	269
Casa D25	276
Casa D26	279
Casa D27	285
4. Descripción de las calles del Núcleo D y materiales hallados en ellas.....	290
5. Hallazgos de superficie	311

6. Estudio de los materiales arqueológicos	
6.1. Objetos de metal	323
6.1.1. Plata	323
6.1.2. Plomo	329
6.1.3. Bronce	329
6.1.4. Hierro	336
6.2. Objetos de cerámica	345
6.2.1. Vasos de provisiones	347
6.2.2. Vasos de mesa, cocina y rituales	353
6.2.3. Otros objetos de cerámica	357
6.3. Objetos de piedra	362
6.4. Objetos de pasta vítrea	363
6.5. Objetos de época romana	364
7. Arquitectura, economía, sociedad	
7.1. Características arquitectónicas de las casas	365
7.2. Distribución interior de las casas. Funcionalidad de los diversos espacios	373
7.3. Finalidad de las construcciones: viviendas, encerraderos de ganado, talleres, etc. ...	381
7.4. Urbanismo	386
7.5. Demografía	395
7.6. Economía y sociedad	398
8. Conclusiones	405
9. Bibliografía	411
Apéndice fotográfico	419

PRESENTACIÓN

A punto de cumplirse treinta años desde que iniciáramos los primeros trabajos en el yacimiento de la Edad del Hierro de El Raso de Candeleda, presentamos esta nueva memoria de excavaciones, en la que recogemos los resultados de las últimas diez campañas en el interior del poblado amurallado. Con ello dejamos estudiados, documentados y publicados todos nuestros trabajos en el yacimiento. Sólo nos queda, y lo haremos tan pronto como esta memoria vea la luz, entregar en el Museo de Ávila la documentación gráfica que estos largos trabajos han generado. Nos hubiera gustado más poderla entregar al Museo Monográfico de El Raso, ese museo tanto tiempo añorado, al que creemos tan necesario, el que durante algún tiempo se entrevió como posible, cuyo proyecto llegó a estar incluso redactado, pero que de momento parece que no lo es. Esperemos que sea solo de momento, y que en un plazo no tan largo como para que no lo podamos conocer, El Raso tenga el museo que la importancia de los yacimientos que guarda, merece.

Con la alegría de quien es consciente que cumple con esta publicación uno de los deberes más inexcusables de todo arqueólogo, dar a conocer el fruto de sus investigaciones, y mirando hacia atrás para reflexionar sobre el modo como éstas han podido llevarse a cabo a lo largo de los años, hemos de reconocer que es mucho lo que debemos a muchos. Y a todos ellos se lo queremos agradecer públicamente.

No lo haremos, sin embargo, como lo hemos hecho otras veces, en letra pequeña y a pie de página, como quien está cumpliendo un deber de cortesía. No sería justo, teniendo en cuenta

sobre todo lo que algunos han trabajado con nosotros en todas estas campañas de excavaciones. Tanto como para, en pura justicia, merecer poner su nombre como autores al lado del nuestro en la portada del libro. Pero parecería absurdo. Y podría quizá despertar algún recelo.

Los citaremos, por tanto, aquí, en esta introducción, para que quede constancia de que sin su ayuda nada de lo que viene después hubiera sido posible llevarlo a cabo, al menos con las facilidades y con la íntima y profunda satisfacción personal y profesional con que siempre hemos efectuado todos los trabajos relacionados con las excavaciones de El Raso, donde, sin duda alguna, hemos pasado algunos de los mejores días de nuestra vida como arqueólogo.

Y queremos comenzar recordando a quienes ya no están con nosotros. A Sonsoles Paradinas, a la que es tanto lo que debemos, que hemos creído de justicia dedicarle todo el libro, pues nos parece poco lo que en el Homenaje que justamente le dedicara la Asociación de Amigos del Museo de Ávila pudimos escribir para ella (Fernández y Conlin Hayes, 1998: 65). Su ayuda, su consejo, sus llamadas de atención, su permanente estar pendiente de todo lo que hubiera que hacer desde el punto de vista administrativo para que las excavaciones pudieran llevarse a cabo cada año, nos facilitó siempre enormemente el trabajo, sobre todo teniendo en cuenta lo lejos que nosotros nos encontrábamos. A Sonsoles, pues, que, aun sin ser arqueóloga, tantas veces nos acompañó y visitó nuestras excavaciones, sobre todo en este núcleo D del yacimiento, nuestro primer recuerdo. Nunca podremos olvidar su energía, su rectitud, su eficacia, su

inexorable modo de exigir cuanto desde el Museo sabía que tenía que pedir a los arqueólogos, sin perdonar nada a nadie. Ni tampoco sus cariñosas acogidas, poniendo a disposición nuestra incluso su propia casa, ni los largos ratos que allí pudimos departir con ella. Nosotros la tenemos siempre en nuestra mente y en nuestro corazón, y sabemos que sin ella nada hubiera sido igual en El Raso desde un principio.

Poco después que Solines se nos marchó también Stephí, Stephanie Thiele, una de las diversas estudiantes extranjeras que colaboraron con nosotros en las excavaciones. Venía de la Universidad de Hamburgo y sentía un profundo interés por el yacimiento de El Raso. Sólo podría colaborar, sin embargo, en la última campaña de excavaciones, en la necrópolis. A ella le dedicamos la memoria correspondiente (Fernández, 1997). Era también de justicia. Y el mismo cariño que ella mostraba por el yacimiento, sentimos nosotros por ella. Su laboriosidad, su meticulosidad, su sentido de la responsabilidad, su capacidad de trabajo, de esfuerzo y de sacrificio, eran ejemplares. Desde el Más Allá, en el que creía y esperaba, sabemos que sigue con interés el curso de nuestros trabajos.

De los que permanecen entre nosotros, nos referiremos en primer lugar a quienes durante las últimas campañas figuraron como co-directores de los trabajos de campo. Conocen tan bien el yacimiento y han seguido con tal intensidad y fidelidad el curso de todos los trabajos, que no me cabe ninguna duda de que ellos solos podrán seguir llevando a cabo las excavaciones, si se considera necesario, el día que nosotros faltemos. Nos referimos a M.^a Teresa López Fernández y a Juan Alonso de la Sierra Fernández. Ella es abulense y se licenció en la Universidad de Valladolid. Él es cántabro y se licenció y doctoró en la de Sevilla, en el Museo Arqueológico de cuya ciudad ha colaborado con nosotros durante muchos años en numerosos trabajos de campo.

Al tener que dejar Juan Alonso de venir a las excavaciones por motivos laborales, fue sustituido por quien, sin duda, podría dirigir asimismo en el futuro las excavaciones del yacimiento, pues lo conoce perfectamente. Es Elisabeth Conlin Hayes, norteamericana de nacimiento, pero nacionalizada española desde su niñez, y licenciada también en la Universidad de Sevilla, en la que actualmente se doctora. Formada arqueológicamente junto a Juan Alonso, en el Museo de

Sevilla, a ella se debe casi en su totalidad la documentación gráfica del núcleo D que ahora presentamos, tanto en sus trabajos de campo como de laboratorio. Desde 1974, en que participara en las del Cerro Macareno (Sevilla), ha tomado parte con nosotros en numerosas campañas de excavaciones.

Colaboradores indispensables por su eficacia fueron también durante muchos años Rosario López Fernández, M.^a Teresa Murillo Díaz, Francisco Manuel Domínguez Mora, Juan José Ventura Martínez, Ascensión Blanco Ruiz y Diego Oliva Alonso, la primera licenciada en la Universidad de Valladolid y los restantes en la de Sevilla. A ellos les estaban confiados sobre todo la vigilancia de los trabajos de campo y, en el laboratorio, los de reconstrucción de los materiales hasta donde fuera necesario para poder documentarlos, misión que les exigía largas jornadas de trabajo, incluso en domingo, con el fin de poder dejar entregados todos los materiales en el Museo de Ávila al finalizar la campaña de cada año.

En estos trabajos de restauración colaboraron también, de manera más esporádica, pero no menos eficaz, M.^a Soledad Buero Martínez, Ángeles Neyra Martín y Concha Pérez Revuelta, licenciadas todas por la Universidad de Sevilla, y los restauradores del Museo Arqueológico de esta ciudad Alejandro Tomillo Najarro, Carmen Rumbao Aldavó, José Luis Mesa Alanís y Lourdes Rodríguez García.

Han sido muchos, por último, los en su día estudiantes y hoy ya licenciados y doctores que han participado con más o menos asiduidad en las excavaciones. Miguel Ángel Alonso, Teresa Baena, Eva Bartusch, M.^a Jesús Carrasco, Isabel Cea, Antonio de la Cruz, Nieves Chisvert, Sylvia Fernández, Felipe J. Fernández, Ignacio Fernández, Fernando Fernández Monterde, Javier Fernández, Lourdes Ferrán, Eduardo Galán, M.^a José Gallardo, Concha Giner, Luis Guerrero, Begoña Gugel, Andrés Guijarro, Juan Carlos Jiménez, Íñigo León, Ricardo Lineros, Pina López, Santiago López, Mercedes Luna, Carlos Moncó, Isabel Morales, Amparo Morís, Blanca Pazos, Miguel Puya, Teresa Rebollo, M.^a Ángeles Rodríguez, M.^a Jesús Rodríguez, Antonio Rodríguez, Ana Patricia Romero, M.^a Luisa Romero, Nieves Romero, Carlos Romero, Carlos Serrano, Auxiliadora Suárez, Macarena Vázquez, Elena Vera y Marta Villanueva. Procedían de distintas universidades,

españolas y extranjeras, pero sobre todo de la Complutense y Autónoma de Madrid, de las de Valladolid y Salamanca, y de la de Sevilla.

Nuestra gratitud también para los obreros que con nosotros han participado cada año en las excavaciones, y algunos en casi todas las campañas, lo cual les convierte en auténticos expertos, capaces por sí solos de distinguir cualquier detalle de interés en el terreno, cualquier mancha, cualquier cambio de textura, de saber la importancia de no mover nada, de no quitar ninguna piedra, de llevar el tajo limpio, las paredes verticales, etc., etc. Son todos gente dura y fuerte y noble, acostumbrada al trabajo, pastores y agricultores, como los antiguos vettones. Y saben que tienen en el yacimiento algo de mucho interés que deben cuidar. Y lo hacen. Y todos se convierten en guardas de hecho cuando observan en el yacimiento la presencia de alguien que no les merece confianza. A ellos se debe que hayan podido ser detenidos diversos excavadores clandestinos. Algunos incluso de noche, “trabajando” a la luz de la luna, pensando que el guarda no estaba de servicio y en el pueblo todos dormían.

Pero El Raso no es un yacimiento corriente ni sus gentes están dispuestas a dejarse sorprender. Y el guarda, cuando es preciso, está de servicio permanente. Rufino Galán Carreras tomó parte como obrero, cuando todavía era casi un niño, en las primeras campañas de excavaciones. Y tan pronto como fue posible, fue designado guarda del yacimiento. Guarda sin horario ni vacaciones durante muchos años. Guarda con todos sus derechos laborales en la actualidad. Pero guarda dispuesto a prescindir de esos derechos cuando el deber y el sentido de la responsabilidad le piden que esté, incluso de madrugada, de servicio. Con Rufino nosotros hemos estado siempre seguros de que el yacimiento estaba perfectamente custodiado.

Y con Rufino tenemos que mencionar a Evaristo Chinarro, el feliz hallador del tesoro de la casa A2. Y a Santos, Julián, Anastasia, Roberto y José Antonio Chinarro, y a Gregorio y Jerónimo Tiemblo, Angelines y Luis Sánchez, Ángel, Agustín y Vicente Vaquero, Virgilio, Cesáreo, Juan Carlos y Visitación Blázquez, Dámaso y Cesáreo Pérez, Crescencio Hernández, Rafael Choza y Rafael Rosillo, Isidoro y Silverio Serrano, Leandro Reguero, Germán y Nicasio Tercero, Juan Manuel y Adolfo Moreno, Javier Vaquero, Luciano Fraile, Miguel Ángel Carretero, Jesús Cano, Juan Alama y Juan Chinarro, Tomás y Florentino

Sánchez, Florín, “el Gato”, el mejor conocedor de la Sierra de Gredos, en la que nació y ha vivido siempre con sus cabras, de las que ahora se hace cargo su hijo David, eventual trabajador también en las excavaciones, y así hasta medio centenar de obreros, a todos los cuales recordamos y agradecemos sus cuidados y su esfuerzo porque todo quedara y se conservara siempre bien. Y muy especialmente a Gabino Fernández y Eduardo Blázquez, que ya nos abandonaron.

Tampoco queremos olvidar a Martina, nuestra patrona de siempre. En su casa hemos vivido año tras año como en la nuestra. Durante el mes de excavaciones, su casa, el Bar Almanzor, se convertía en laboratorio de dibujo y restauración, en museo y en lugar de acogida de visitantes e investigadores. Cada mañana, antes de amanecer, la teníamos puntualmente dispuesta a prepararnos desayuno y bocadillo para el mediodía. Por su casa pasaron todos los estudiantes, licenciados y doctores, nacionales y extranjeros, que en las excavaciones han tomado parte en el curso de los años, sin que nunca hubiera la más mínima queja por parte de nadie. El trato, la limpieza, la puntualidad, la calidad de las comidas, la disponibilidad de espacios en la casa, fueron siempre mayores de lo que se podía esperar, lo cual para nosotros, como responsable de la excavación, fue siempre una tranquilidad. Para ella, pues, y para Teodoro, su marido, y para sus hijos, Luis, Angelines, Montse, con quienes tantos años convivimos, nuestro cariñoso recuerdo y nuestro agradecimiento.

Y, junto a Martina, queremos mostrar nuestra gratitud a los vecinos de El Raso en su conjunto, pues sin su decidida actuación para evitarlo, los terrenos que ocupa el poblado hubieran sido abancalados hace años para ser repoblados de pinos como el resto del monte, en cuyo caso el yacimiento hubiera quedado destruido, ya que el daño que no hubieran causado las máquinas en un principio, lo hubieran llevado a cabo después las raíces de los árboles a lo largo de los años.

Nos sentimos igualmente deudores de las diversas autoridades e instituciones locales y provinciales. Del Museo de Ávila, su directora, la Dra. María Mariné, y el personal dependiente de ella, tan amable siempre con nosotros. De las Delegaciones de Cultura y Agricultura, del Ayuntamiento y la Guardia Civil de Candeleja, que siempre se esforzaron por facilitarnos el trabajo y los permisos necesarios para poder

efectuar sin problemas las excavaciones en el monte público. Incluso de la parroquia de esa noble villa, que puso a nuestra disposición durante los últimos años la casa curato de El Raso para poder trabajar más desahogadamente con los materiales que iban apareciendo.

En la Diputación de Ávila, sobre todo en la Institución Gran Duque de Alba, a través de su Director, D. Carmelo Luis López, de su Secretario General, D. Luis Garcinuño, y de la secretaria de la citada Institución, M.^a Paz Muñoz, encontramos el medio de poder conseguir cada año, y justificar, las subvenciones necesarias para efectuar los trabajos, subvenciones que nos fueron concedidas durante los primeros años por la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Cultura, y por la de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León a partir del traspaso de competencias a la Comunidad Autónoma.

Gracias también a la Institución Gran Duque de Alba este libro ha podido ver la luz, a pesar de todas las dificultades que su edición presentaba, y que han podido solucionarse con el apoyo económico y técnico de otras dos instituciones de enorme prestigio, la Real Academia de la Historia y la Universidad de Sevilla, y a la presencia en ellas de dos personas de las que me siento profundamente deudor: el Anticuario Perpetuo de la Academia, Prof. Martín Almagro Gorbea, y el Director del Servicio de Publicaciones de la Universidad, Prof. Antonio Caballos Rufino, de cuya amistad disfruto desde hace muchos años, con los que he tenido el privilegio de trabajar en diversas ocasiones, integrado en sus equipos de investigación, y de los cuales, en sus respectivas materias, la Arqueología en uno, la Historia Antigua en el otro, tanto he aprendido. Su impulso ha sido decisivo para ver este libro publicado.

Y con ellos a sus respectivos equipos técnicos, el Dr. Jorge Maier en Madrid, así como Margarita Pedriza García de la Torre, Mateo Sánchez Sánchez y Amparo García Gras, del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Institución responsable de la gestión editorial de la obra, los cuales han sabido solucionar los numerosos problemas que presentaba la edición de un libro de una gran complejidad, sobre todo gráfica, comenzado a escribir y preparar hace más de veinte años, y con unos originales, por tanto, que no se adaptaban a las exigencias técnicas actuales. Pero ellos, en contacto con la

impresión Kadmos, de Salamanca, han sabido solucionarlos mejor de lo que yo podía imaginar que fuera posible. Por su parte todo han sido facilidades. Los errores son sólo míos. Para todos ellos, mi profundo agradecimiento.

No quisiéramos haber olvidado a nadie, aunque, entre tantos, y a lo largo de tantos años, es fácil haberlo hecho. Nuestra intención ha sido la de recordar a todos los que, de una manera u otra, han estado relacionados con el yacimiento.

Somos conscientes de que con esta memoria se cierra un extenso capítulo de las excavaciones de El Raso. Y de nuestra propia vida. Detenidas aquéllas desde hace ya varios años, si algún día se reemprenden ya nada será igual. Ya no estará Solines, ni contaremos con la colaboración de Stephi, ni trabajarán con nosotros Eduardo ni Gabino*, ni podremos vivir en casa de Martina. A los antiguos colaboradores, convertidos unos en Profesores de Instituto o Universidad, otros en Directores o Conservadores de Museos, o en cualquier otro puesto, será difícil volverlos a reunir. Si algún día se reanudaran las excavaciones, sería como un volver a empezar de nuevo. De otra manera. Con otros medios.

En cualquier caso no olvidaremos nunca los años pasados, las largas jornadas de trabajo, de sol a sol, viendo amanecer en el campo, pero con tiempo suficiente todavía para salir de noche a pasear por cualquier camino, para comentar la marcha de las excavaciones, tratar de los problemas que presentaba, analizar las posibles soluciones y hablar de cualquier cosa. O quedar en silencio para contemplar el deslumbrante cielo de El Raso. Y ver caer las estrellas. Sin oír más ruido que el de nuestros propios pasos. Y la voz de Dios, como un susurro, en las hojas de los robles mecidas en la oscuridad por el viento.

El Raso, domingo, 10 de septiembre de 2000.

Festividad de la Virgen de Chilla,
patrona de Candeleda.

* Después de escribir estas líneas, se nos han ido los restauradores Ángeles Neyra y Alejandro Tomillo, y Gregorio Tiemblo, excelente obrero y amigo que tomó parte en todas las campañas de excavaciones, desde el principio. Descansen todos en la paz que merecieron.

1

INTRODUCCIÓN. LA EDAD DEL HIERRO EN EL RASO DE CANDELEDA

El Raso es ya sobradamente conocido en todos los ambientes arqueológicos. La presencia en los terrenos que ocupa, dentro del término municipal de Candeleda (Ávila) (fig. 1), de restos arqueológicos de interés pertenecientes a distintas épocas, ha hecho que tengamos que fijarnos en él en numerosas ocasiones. Es, sin embargo, su yacimiento de la Edad del Hierro el que le ha hecho especialmente conocido en los ambientes arqueológicos, sobre todo a partir de los años 70*, en que comenzaron a realizarse allí excavaciones y sondeos estratigráficos que nos han permitido hacernos una idea bastante aproximada de su extensión, tanto superficial como cronológica, y de su evolución cultural.

Hemos podido así saber que, tras ser ocupadas aquellas tierras en lugares más altos a finales de la Edad del Bronce (Fernández y López Fernández, 1990: 95; Fernández y Conlin Hayes, 1998b: 65) (fig. 2), debió de establecerse allí, a lo largo del s. V a.C., en la zona que llaman El Castañar, en el piedemonte de la sierra (Fernández y otros, 1986-87: 267; Fernández, 1998: 158), un conjunto de personas, agricultores y ganaderos, que habían de permanecer en ella alrededor de 300 años. Se trata de un lugar abierto, sin defensas naturales ni artificiales que hayan podido ser constatadas hasta ahora. Allí viven, en

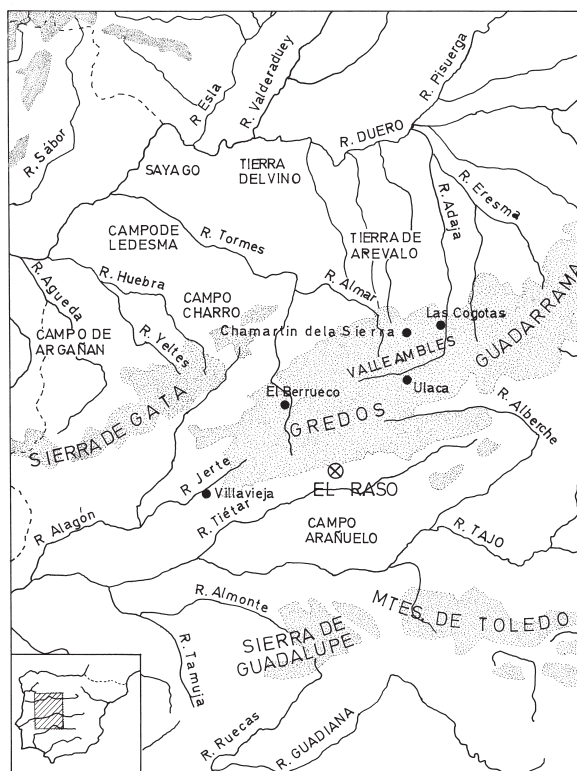


FIGURA 1. Situación de El Raso de Candeleda (Ávila).

casas cuyas características aún no conocemos, y allí mueren y se entierran, en una gran necrópolis, que puede esconder centenares de tumbas, muchas de ellas expoliadas, hasta mediados del pasado siglo, en que comenzó a excavarla D. Antonio Molinero, aunque nunca publicara los resultados de sus trabajos. Otras han sido excavadas más recientemente por nosotros (Fernández, 1986: 529; 1997). Y muchas quedan aún por excavar en los diversos núcleos detectados. Todas ellas pueden fecharse en su conjunto entre los siglos V a III a.C.

* Nuestro recuerdo y nuestro agradecimiento al Prof. Almagro Basch que, como responsable de la Comisaría General de Excavaciones de la entonces Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Ciencia, nos confió la dirección de los trabajos en El Raso, y como Profesor de la Universidad de Madrid dirigió nuestra Memoria de Licenciatura y nuestra tesis doctoral sobre el yacimiento.



FIGURA 2. El Macizo Central de la Sierra de Gredos es el determinante geográfico de la zona. Vista desde El Raso.



FIGURA 3. El poblado amurallado visto desde la necrópolis de El Arenal.

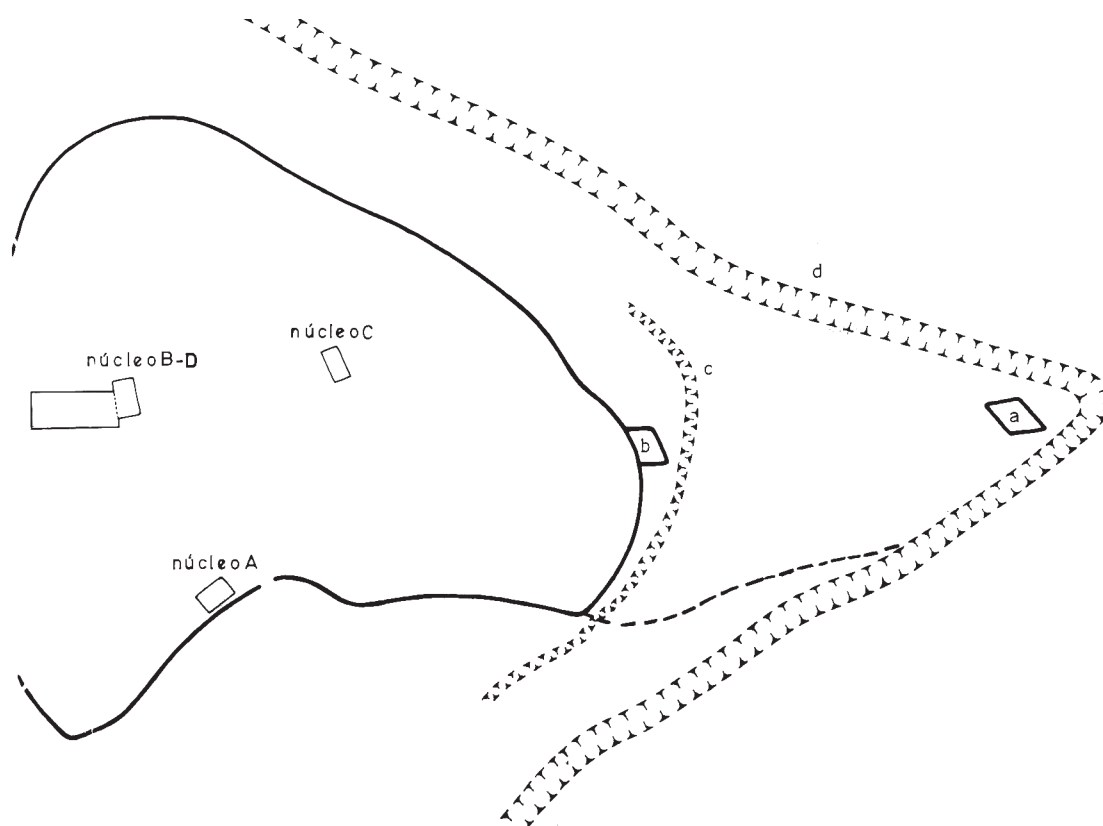


FIGURA 4. Situación del Núcleo D en el conjunto del poblado fortificado.

Es a finales de este siglo III cuando tiene lugar el más importante acontecimiento que había de conocer aquella población indígena: la llegada en son de guerra de gentes extrañas que nunca antes habían penetrado en el interior de la Meseta, aunque ocupaban desde hacía muchos años las tierras de la Turdetania y allí explotaban las ricas minas de Sierra Morena. Son los cartagineses, que se están preparando en la Península para hacer la guerra por tierra a Roma, su ancestral enemiga. Y es probablemente en alguna de estas incursiones suyas hacia el interior cuando perece destruido el poblado de El Castañar, los zócalos de piedra de cuyas casas aparecen cubiertos por un potente nivel de incendio.

Poco después aparecerán los romanos, con no menos bélicas exigencias que los cartagineses. Y es entonces sin duda, mientras los dos colosos luchan entre sí en nuestro suelo, cuando los indígenas de El Raso, conscientes de la gravedad de la situación, deciden trasladar el emplazamiento de su poblado. Son los últimos años del s. III y los primeros del II a.C.

Al poblado abierto y ubicado en una suave ladera de El Castañar, sucede ahora el fortificado

de La Cabeza de la Laguna (fig. 3), apenas 1 km en línea recta hacia el interior de la sierra, pero ocupando ya una pequeña colina, junto a una de las más caudalosas gargantas que bajan de las cumbres de Gredos, la de Alardos, y desde la que se divisa toda la amplia llanura del Campo del Arañuelo, al otro lado del Tiétar, hasta la lejana Sierra de Guadalupe y los Montes de Toledo (fig. 4).

El encuentro con los cartagineses había resultado, sin duda, una experiencia muy dura, y al nuevo poblado lo defienden ahora los indígenas con muralla y torreones, dos potentes baluartes en la parte más alta, uno o varios fosos, según los lugares, y una zona de piedras hincadas para dificultar la llegada en tromba de los asaltantes.

Levantada la muralla, comienzan a construir en el interior del recinto las nuevas casas, de acuerdo cada uno con su situación y necesidades.

En ese recinto intramuros llevamos a cabo nosotros diversas campañas de excavaciones entre los años 1971 y 1989. Las primeras campañas las dedicamos a realizar sondeos amplios en lugares alejados entre sí, para constatar las diferencias que existían entre unas zonas y otras.

Son los que llamamos núcleos A, B y C. El primero junto a la puerta principal, el segundo en la probable acrópolis, el tercero a medio camino entre ésta y el baluarte de la parte más alta de la muralla.

Pero lo que en ellos constatamos fue que por todas partes se habían levantado unos mismos tipos de casas, según unas determinadas normas, que siempre parecían cumplirse, y que en todas ellas podían recogerse unos ajuares muy similares, la nota más característica de los cuales, en comparación con los de la necrópolis y el poblado de El Castañar, era la ausencia prácticamente absoluta de cerámicas a mano y la valiosa presencia para fechar los contextos de denarios romanos del período republicano.

Conocidos estos extremos, que nos situaban perfectamente en el tiempo, el dato de mayor interés que podían aportarnos las excavaciones era el conocimiento de las características urbanas del poblado. Ver cómo se habían dispuesto en el espacio casas y calles, edificios públicos y

privados, tratar de identificar viviendas, talleres, casas comunales, encerraderos de ganados, posibles huertos o zonas exentas, etc. Y, de acuerdo con su número, intentar calcular el de personas que en un momento determinado pudieron vivir en el poblado.

Para alcanzar este conocimiento, y puesto que en profundidad ya sabíamos lo que el yacimiento podía aportarnos, era necesario ampliar en extensión la zona excavada. Y decidimos hacerlo a partir del que inicialmente habíamos llamado núcleo B. Ubicado en el lugar más accesible, junto a la carretera que, a través del poblado, se interna en la Sierra de Gredos, y en el de clima más agradable para los meses del verano, en la cumbre de la colina, lugar que parecía más adecuado para haberse alzado allí, como en una acrópolis, los edificios de mayor interés.

Y allí decidimos comenzar a excavar, como trabajo para los años que seguían, desde 1982, el que llamamos núcleo D.